

Ciudades y paisajes aragoneses en las novelas de Benjamín Jarnés

por Ildefonso-Manuel Gil

BENJAMÍN Jarnés nació en Codo el día 7 de octubre de 1888; siempre le gustó la proximidad de su cuna con la de Goya, y en sus conversaciones se complacía en recordar su infancia, aunque no hubiese sido precisamente una niñez cómoda y dichosa la suya.

Como alumno becario entró en el Seminario de San Carlos de Zaragoza. Los estudios de la carrera sacerdotal le ocuparon hasta 1910, año en que fué llamado a filas. Ya no volvió al Seminario. Cursó la carrera de Maestro en la Escuela Normal zaragozana, en la que se revalidó. En la capital aragonesa contrajo matrimonio, y poco después ingresó en el Cuerpo técnico-administrativo del Ministerio de la Guerra. Tras unos años de estancia en Marruecos, fué destinado a Madrid, donde fijó su residencia. Abandonó la capital a raíz de la guerra civil; vivió en Méjico, de donde regresó a Madrid en febrero de 1948, ya gravísimamente enfermo. Allí murió el día 10 de agosto de 1949.

Estuvo siempre en contacto con su tierra aragonesa. No sólo le unían a ella vínculos de familia y de amistad, sino que desde Madrid hizo frecuentes viajes a nuestra región. De los recuerdos de la infancia, de la adolescencia y juventud, y de esos viajes posteriores, obtuvo materiales bastantes para que lo que pudiéramos llamar su geografía se limitase, casi exclusivamente, a paisajes y ciudades de Aragón.

No sólo en ese sentido de utilización del espacio consiste el aragonesismo de su literatura. Hay otras características bien precisas, y que calan más hondo en la personalidad de un escritor, que identifican la naturaleza aragonesa de Jarnés a través de su

producción literaria. Por el momento vamos a limitarnos a estudiar la incorporación de nuestros paisajes y nuestras ciudades a sus creaciones novelísticas.

Su pueblo natal, Zaragoza y Alhama de Aragón son los tres lugares más importantes de esa geografía jarnesiana. Incidentalmente aparecen otros como Olalla, Belchite, Albarracín y Daroca. Veamos cómo nos los muestra Jarnés.

Codo.—Donde con más relieve se nos da es en *El Convidado de Papel*¹. En esta novela figura como “nota preliminar” una bellísima narración, *Dánae*. En ella, Julio —que es el “doble” de Jarnés, protagonista de casi todas sus novelas— es el niño de pueblo que, “por un capricho intermitente de la fortuna”, unas veces lleva los pies calzados y otras no. Gracias a eso conserva una fina sensibilidad en sus pies que le permite tener todas las experiencias del contacto con el suelo: “Sobre un ancho teclado de losas bruñidas, incrustadas entre raquílicas cenefas verdes, también los pies de Julio una vibrante sinfonía. Brincan desnudos por el ardiente camino que va desde su casa al colegio. Las piedras se cuecen en el horno de un dios. Y, como del brinco a la danza sólo hay un poco de ritmo, Julio reproduce sobre las losas la primitiva danza del fuego. Tiene el niño diez años, y aún no sabe que la danza es un vuelo fracasado”².

El camino que lleva al niño hasta la escuela es “una rampa ascendente, rústica escalinata, a franjas verdes y ocre. Una meseta cuajada de menudos gujarros. Otra rampa, descendente, ya sin atisbo de peldaños, donde las piedras afilan sus aristas en los remolinos del viento. Por fin, la plazoleta del colegio, pavimentada de cascote, de residuos heterogéneos. Tiende al niño una escala de agudas y romas notas que arranca de las grandes losas rectangulares, pasa por hileras de gujarros grises, redondos, por restos de teja amarillenta, de poroso ladrillo, hasta dar con la dulzura de un triángulo de sombra trazado entre dos paredes”³.

1. *El convidado de papel*.—Ediciones “Historia Nueva”, Madrid, 1928.

2. Op. cit., pág. 9.

3. Op. cit., págs. 9 y 10.

El niño realiza así un duro y, a la vez, alegre aprendizaje. Conoce “piedra a piedra todas las del pueblo, arbusto a arbusto todos los de la vega. Sabe quiénes acarician y quiénes, implacablemente, hieren. Qué hierbas perfuman y cuáles tiñen el traje de un sucio verdor”⁴.

El pequeño pueblo está unido al mundo por el coche correo que “suele traer paquetes de periódicos, cartas, específicos, rollos de sogas”; “vuelca en el pueblo sus noticias, sus botellas, su papel satinado —siempre trae una revista de modas que reciben las hijas del médico—. El cochecillo es la vieja comadre que diariamente se asoma al mundo, y se trae de él un manojo de nuevos chismes”⁵.

Todo este relato transcurre en Codo, aunque el pueblo no figure ni con nombre real ni supuesto. Se describe la irrupción en el sosiego pueblerino de una linda y desenvuelta maestra, que con su traje de crespón manzana es como una llama verde que prende fuego a todo aquel sosiego. Las descripciones del contraste entre ambiente y forastera son de una belleza que, a la altura de la prosa novelística de nuestros días, parece milagrosa. Hay que advertir que si el espacio está utilizado sin deformaciones, en cambio no la cronología. La aparición de la maestra, su atuendo, su desenvoltura, incluso sus canciones, pertenecen a la fecha en que la novela se escribe, y no al 1898 en que habría que situar el relato, por lo que en líneas generales —no en la exactitud anecdótica— tiene de autobiografía.

“Por los rojos muros de ladrillo trepa la llama verde, se engarza a las rejas, se sume por las ventanas entreabiertas, se enrosca a los balcones, quema unos ojos inquisitivos que en seguida se duplican, se triplican, corretean ávidamente de casa en casa, suben a los sobrados, bajan a los zaguanes, se deslizan por las bardas, brincan por las galerías. Eulalia cruza el pueblo silenciosamente, precedida y seguida de un ejército de pupilas que asae-tean sus piernas color pan tostado, su pelo corto, sus brazos desnudos, sus senos bien perfilados. La llama verde va lamiendo remendados caserones, tapias acuchilladas, aleros que hierven de

4. Op. cit., pág. 11.

5. Op. cit., pág. 14. Este cochecillo sería una simple tartana que servía de correo al pueblo, yendo diariamente a Belchite.

golondrinas. De lo alto de la torre bajan unos pichones a bañarse en la luz verde que salta risueña por la calle, en dirección al campo, a perderse entre los chopos. El pueblo se estremece al sentirse traspasado por la voluptuosa llama verde que le hace abrirse en mil pupilas. Todo el pueblo se siente arremolinado alrededor de este copo de crespón que tiembla entre unas piernas ágiles, revoltosas, y una rizada cabecita de paje, acabada de pintar”⁶.

Del pueblo aparecen ante nuestros ojos de lector otros elementos locales: la talla del altar mayor de la iglesia, el tráfico de las eras, la obscura tiendecilla en que se vende de todo, incluso el juego del niño lugareño con una espiga de trigo o con una lagartija. No importa que en este relato muchos de estos elementos localistas se desdibujen como fondo de la anécdota. Nos basta con señalar su existencia y con advertir el amor con que son evocados, al par que la propia infancia, treinta años más tarde. Esa posición amorosa es la que Jarnés mantuvo siempre al evocar, describir, o censurar, su región.

Codo aparece también en otra novela de Jarnés. Pero allí no sólo como experiencia directamente personal del autor, sino también de un hermano suyo, cuyo nombre y ministerio titulan la obra: *Mosén Pedro*⁷. El primer lugar que aparece es el ruinoso castillo:

“Al hablar de mosén Pedro, recuerdo un viejísimo castillo desmoronado que se alzaba a las afueras del pueblo donde nací. Aquel castillo sólo era un enorme jaulón desvencijado y abierto, de donde habrían huído ya hasta los pájaros de la leyenda; porque ni leyenda tenía, o, al menos, yo nunca la supe. Eran cuatro altos paredones, rasgados por enormes heridas que vendaban magníficos tapices de hiedra.

Todos los veranos se coronaba el torreón de penachos de flores azules, desmelenadas al viento. Ibamos a jugar bajo los muros alanceados por los siglos; y yo, que gusté siempre de mirar vagamente a las nubes, me quedaba extático contemplando la pomposa inundación de la hiedra y la viva sonrisa de las flores... ¡Me

6. Op. cit., págs. 20 y 21.

7. *Mosén Pedro*.—Biblioteca Patria, tomo CCXLIII. La edición no lleva fecha y figura como novela. Pero en obras posteriores se la incluye en la lista bibliográfica como biografía, fechándola en 1924. Es el primer libro publicado por el autor.

parecía ver un alma risueña, un alma vivaz, eterna, palpitando dentro de la carne despedazada del viejo torreón! Creía ver un pájaro inmortal anidando en los despojos del tiempo”⁸.

Encontramos después aquella misma rampa por la que Julio iba a la escuela. La visión es la misma, aunque el ángulo desde el que se contempla sea distinto:

“Por el balcón, abierto, se alcanza a ver una rampa que forman grandes losas y guijarros menudos. Anchas fajas de piedra pulida bruñidas por la lluvia, que ciegan al sol. Peldaños de una escala primitiva, entre toscas cenefas de piedrecillas apiñadas, cortantes.

Entre las juntas, crecen hierbecillas ralas, de verde marchito. La rampa da acceso a una pequeña explanada; y, cruzando ésta, ya estamos en el vestíbulo de la iglesia parroquial. También se alcanza a ver por el balcón, la torre un poco cansada de luchar con los vientos, arañada por los chubascos, donde aletean tres almas sonoras, tres campanas”⁹.

Desde Codo, el niño Pedro ha de recorrer cada mañana el camino que le lleva hasta el Seminario de Belchite, que veremos aparecer al fin del recorrido:

“El pueblo también duerme. Acaso una yunta madrugadora se arrastra perezosamente por los picudos guijos hacia el campo lejano. Pedrito recorre las calles solitarias y sale al caminito desnudo de árboles, agrisado de polvo. Aspero y adusto este campo silencioso, sin frescura de ramas, sin dulzor de fruta, es como la vida de Pedrito: vida de niño pobre y elegido...” “Se alzaba el Seminario entre unas huertas, junto a una carretera polvorienta, que en aquel punto se comenzaba a enroscar al monte para perderse luego en una agria y monótona sucesión de colinas y llanuras desnudas. Había junto al Seminario un lindo templo de Nuestra Señora. Un parco río nutría de frescura aquellas huertas y humedecía —nada más que humedecer— los muros del ancho huerto por donde correteaban en las horas de placer los colegiales. Aquel río, a veces, se llenaba de altivez —como suelen hacer los más humildes—, y creciendo desafortunadamente anegaba las huertas y abría nuevos cauces y alzaba

8. Op. cit., pág. 11.

9. Op. cit., págs 15 y 16.

montones de arena sobre los bancales de hortalizas... sí, aun el más chico, encolerizado, puede ser gran enemigo" ¹⁰.

Después de las clases desandaré el mismo camino. Sólo asistimos al comienzo:

"Cruza la explanada del Seminario donde crecen unos esqueléticos arbustos; cruza el puente sobre el pequeño vanidoso río; atraviesa las huertas, ya teñidas de luz amarillenta de crepúsculo, y entra de nuevo en el páramo triste, rayado por la senda interminable"¹¹.

De Codo aparece también en *Mosén Pedro* la pequeña iglesia y, sobre todo, su altar mayor, aludido en *El Convidado de Papel*:

"El templo donde Pedrito aprendió a rezar está lleno de la tierna visión. En el centro del dorado retablo está la escena encantadora. Hay un pecho rosado que nutre divinamente al fiel amigo, cuya vida fué ya siempre toda miel. Sobre unas nubes, entre risueñas caritas de ángeles, reposa la Virgen invocada por el Dulcísimo. Tiene María a su Hijo en el regazo; estaban ambos en tierno coloquio, pero ambos advirtieron la inquietud de Bernardo; y, para escuchar mejor la súplica, inclinan sus graciosas cabezas hacia la tierra. Jesús aparta su boquita del dulce manantial y deja que el rocío divino caiga en los labios sedientos...

Todo el templo está lleno de la unción mística del cuadro peregrino" ¹².

ZARAGOZA.—Ya dijimos que Jarnés estudió en el Seminario de San Carlos, permaneciendo entregado a sus estudios eclesiásticos hasta 1910. Al cabo de dieciocho años publica su novela *El Convidado de Papel*, con los recuerdos de aquellas experiencias. El escenario es, por tanto, Zaragoza. Ya en *Mosén Pedro*

10. Op. cit., págs. 23-26.

11. Op. cit., págs. 28 y 29.

12. Op. cit., págs. 113 y 114. En *El convidado de papel*, págs. 31 y 32. Esta talla, existente en el altar mayor de la iglesia de Codo en los años evocados por Jarnés, fué destruída en los comienzos de la guerra civil, al ser incendiado el templo.

aparecía la capital aragonesa, porque el protagonista pasó desde Belchite al Seminario zaragozano, entre la plaza de la Seo y la ribera del Ebro:

“Ahora el río es caudaloso y no hay que cruzarlo, si no es con las pupilas, porque ya no aguarda a Pedrito el Seminario: el Seminario le rodea, le tiene dentro de sí. Sobre el río hay una ventana enrejada que enmarca el cielo de un cobalto luminoso, donde van hundiéndose los ojos cansados del colegial adolescente.

“El gran río corre pesadamente bajo los muros severos, empapados de ciencia... Alza sus húmedas neblinas, acariciando la frente de Pedrito, donde ya nació la primera arruga... En las mañanas de invierno apenas es espejo la corriente, sino una masa alargada, informe, de nubes cenicientas que rebasan, desbordándose, el pretil.

Es el río, entonces, una monstruosa cabellera gris que moja sus últimos rizos en el mar. Las mañanas son crudas; y, a la hora del estudio, los miembros se entumescen...

A veces el agua es azul, y las nubes blancas o rosadas van trazando en el espejo ondulante su gracioso contorno. Algunas parecen disolverse en el agua. Otras se empapan de la corriente, esponjas grises que llenan todo el cauce. Se beben el color del río, dejándole sólo su ritmo duro y monótono.

Sí; ahora la senda es interior y el cansancio es sólo del espíritu. Hay que cruzar desfiladeros, pero éstos sólo son de volúmenes nutridos de sabiduría. Las vallas son textos, capítulos oscuros... También hay el gran abismo sonoro donde acechan las sirenas, donde el corazón más vigilante se asoma y resbala, alucinado por la canción dulce y asesina.

Ahora el río es caudaloso y arrastra las miradas a muy remotos confines. Los ojos de Pedrito se han llenado de luz agrisada en el espejo efímero de este río... El otro espejo quedó allí, entre las últimas reliquias de la infancia, alborotándose a veces, en los veranos... Un colegialillo loco, en vacaciones”¹³.

El río Ebro, que en los pasajes transcritos no es más que un río concreto, que a lo sumo se diluye en una correspondencia metafórica con los estudios del seminarista, o se presta a una com-

13. *Mosén Pedro*, págs. 33-35.

paración con aquel pequeño río de Belchite, adquiere, al ponerse en contacto con los elementos autobiográficos de *El Convidado de Papel*, una importancia mucho mayor, hasta jugar un papel primerísimo en la novela. (Para Jarnés el Ebro era como la representación del carácter aragonés, en su ruda franqueza. Por eso pensó siempre publicar con el título de *Cartas al Ebro* unos ensayos de dura y sincera crítica literaria. Yo llegué a conocer algunos fragmentos dedicados a Valle Inclán y a Miró, pero no se han publicado; ignoro si se conservarán).

El pretil del Ebro es el paseo favorito de Julio, el joven seminarista. Es el lugar que mejor representa, para él, la ciudad —que en ésta como en las demás novelas en que aparece, toma el nombre, fácilmente identificable, de Augusta—; es el lugar concreto sobre el que se mueven los seres de carne y hueso, al par que punto de evasión de imaginarios seres y peripecias. Todos los personajes que la lectura ha ido dejándole en la memoria, y todos los que puramente le nacen en la imaginación, acaban proyectándose sobre la orilla del río, acodados en el pretil, en ese momento mágico, indeciso, en el que ya no es de día y aún no es de noche: ese momento tópicamente novelesco. Por eso será este pretil el paisaje urbano que merezca ser especialmente cantado. Pero, antes de llegar a ese canto, podremos pasear por la ciudad, identificando perfectamente el recorrido:

“En su itinerario hacia extramuros pueden estudiar los colegiales el pasado y el presente de Augusta. La ruta de angostas callejuelas se ensancha dos veces, en dos plazas tan singulares, que no parecen abrirse en la misma ciudad. Hay en la primera un mercado, denso de gritos broncos, de acres olores de huerto y de establo, ceñido por edificios alegres, nuevos o modernizados, con acceso al corazón de la ciudad por una ancha calle recién construída, donde la auténtica joya de un palacio plateresco fué sustituída por un suntuoso Monte de Piedad, acogedor de todas las joyas vergonzantes de Augusta. Un valor arqueológico perdido a cambio de un moderno valor filantópico más accesible a la sensibilidad del buen burgués”¹⁴.

14. *El convidado de papel*, pág. 78.

Sólo hay un pasaje en el que aparezca Zaragoza con su nombre. Pero es en utilización meramente referencial. En el libro *Tántalo* —Editorial Signo, Madrid,

Esta primera parte del paseo nos ha llevado a través de un paisaje urbano, que hoy es bastante distinto de como era en los años en que Jarnés estudiaba en Zaragoza. Desde el Seminario de San Carlos, los escolares han cruzado viejas calles desaparecidas con el trazado de la de San Vicente de Paúl; han cruzado la plaza de San Lorenzo, bulliciosa entonces con el tráfico del mercadillo, saliendo de ella por la calle de San Jorge. Desde allí, por la de Jaime I, irán a la otra plaza:

“Esta es más ancha, sin greguerías plebeyas y perfume de matadero. Aquí sólo se percibe un sutil perfume de siglos heroicos y de acacias municipales. En medio de las acacias se alza una fuente donde una mujer bíblica vacía perennemente dos cántaros en la taza. Hay pajarillos en torno a la fuente, muros blasonados en torno a los jardinillos. A un costado, la fachada gris de un templo. Al otro, un palacete pintado de ocre”¹⁵.

También el escenario está hoy muy cambiado en esta segunda plaza, la de la Seo, abierta actualmente a la amplia perspectiva que une a las dos catedrales. Y entonces, como ahora, tras esta plaza aparece el río:

“Ya en el pretil, y siempre asomado al agua, Julio se siente dichoso, como en la cubierta de un bello trasatlántico, con rumbo al azar. En aquella barandilla se deja robar por el viento alguna vieja idea infantil sobre los hombres y sobre las cosas. Le nacen alas que duran un instante, y cae luego pesadamente en el río donde se borra para siempre.

Una tarde, en este mismo pretil, se sintió muy alegre por haber conocido la belleza. Trajo sus señas la lección de aquel día, que Julio repitió en el aula maravillosamente. ¡Tan fácil como era conocer lo bello, y él sin saberlo hasta aquel día! Al salir al campo, ya podría señalarlo con el dedo en todas las cosas: El cielo azul, el aire diáfano, los árboles susurrantes y los pájaros cantores”¹⁶.

1935— mezcla de novela, ensayo y diálogo, aparece nuestra ciudad mencionada así:

“He reconstituido su historia, Irene, y es conmovedora. Hace tres años, usted interpretaba desaforadamente a Chopin, en una capital de provincia.

—En efecto, en Zaragoza. ¿Cómo lo sabe?” (Pag. 71).

La respuesta del personaje ya carece de referencias localistas.

15. Op. cit., págs. 80 y 81

16. Op. cit., págs. 81 y 82.

Al otro lado del río, la arboleda sirve de campo de recreo; allí permanecen los colegiales hasta el anochecer, regresando por el mismo itinerario cuando ya los muros tengan "color de ocaso".

La clase de historia se da en el Seminario principal. La ventana se abre al paisaje predilecto de Julio, al pretil:

"...salta Julio del pupitre, y va a sentarse en el alféizar de una ventana abierta sobre el río, magnífica atalaya desde donde, vuelto de espaldas al texto y al aula, curioseá a lo largo del pretil. En las plácidas tardes de otoño es aquella ribera un punto de cita de todos los amores inocentes y consagrados de Augusta, como en las noches hostiles del invierno, azotadas por el viento cernido en el Moncayo, es punto de cita de todos los amores contrariados o equívocos. Por aquella parte, Augusta, empapada en la dulce inundación solar, ofrece su costado más feliz. Y esta tarde dormita el Moncayo y el sol va empujando hacia el pretil un copioso lote de pacíficos ciudadanos. Los hay estáticos y dinámicos, silenciosos y parlanchines. Unos se recuestan en la baranda de piedra, y otros describen largas líneas paralelas a la corriente. Hay puros espectadores y discretos actores. Cruzan pensionistas, mendigos, clérigos, empleados; discuten apaciblemente el precio del vino, el último decreto ministerial. En el pretil, a esta hora, las ideas pierden todas sus aristas, y brotan de los labios como tornasoladas pompas de jabón. Una tarde así es capaz de convertir la más negra conspiración en una apacible juega campestre. Los mismos guardias, al llegar a la ribera, desarrugan su ceño profesional y se ofrecen alegremente pitillos y postales decomisadas.

El Puente de Piedra parte el paisaje en dos, como parte el Ebro en dos la antigua Iberia. El puente enlaza el campo con la ciudad. A lo largo de la ribera opuesta se extienden huertos y arboledas, muros ahumados de fábricas y viejas torrecillas de conventos" ¹⁷.

El escolar tiene un amorío, que apenas puede expresarse más que por cartas. Julio las arroja, finalmente, al río. "Y el Ebro—buzón definitivo de todas las cartas que vienen de Estrella—va renovando lentamente sus colores, bajo la lírica atalaya de

17. Op. cit., págs. 148 y 149.

Julio. El fiel amigo se aleja indiferente hacia el mar, muy ajeno a la contemplación de que entonces es objeto por parte de ocho pescadores de caña, un colegial enamorado, doce parejas de amantes, veinte mozuelos ociosos y tres ancianos pensativos. Julio recuerda largas cadenas de estrofas en loor del Ebro, engarzadas penosamente durante muchos siglos de fiestas del *Gay Saber*. Sobre el río bondadoso fué cayendo una pesada lluvia de rimas asonantes y consonantes, latinas y españolas, épicas y líricas.

Et nitido coelo et cephiris arbisque beata... exclamaba un colegial, trémulo de examétrica emoción ante la feraz ribera. Y otro prorrumpía.

*¡Canta la gloria, oh río,
de Iberia prepotente!
Tú de su poderío
viste el cetro empuñar, alta la frente,
erguido el pecho indómito y valiente.
¡Canta a mi patria, oh Ebro,
al compás de mi lira,
mientras yo te requiebro...*

Aquí siempre estalló la carcajada”¹⁸.

Por eso se considera Julio obligado a desagraciar al Ebro, su viejo camarada. Y cuando cruza el pretil acostumbra a recitarle alguna estrofa de su *Letanía sobre el Pretil*. Esta letanía es una especie de poema en prosa. Es decir, podría ser un poema en prosa si no le quebrase vuelos al canto la ironía. Es, desde luego, una bella sarta de invocaciones al Ebro, que aparece suvesivamente, como: Barbacana sobre lo huidizo, fiel amigo; atalaya sobre lo voluble, viejo amigo; ala de piedra tendida, libre amigo; gigante vanidoso, tornadizo amigo; arcada petulante, voraz amigo; muro donde brota el moho de lo perfecto, irónico amigo; almena impasible, altivo barandal, amojamado centinela, inquieto amigo¹⁹.

Hay otras referencias locales en esta novela: interiores del Seminario de San Carlos, la Iglesia del mismo, escenas de la vecindad, las costumbres del internado y de las clases. Toda la

18. Op. cit., págs. 151 y 152.

19. Op. cit., págs. 153 y 154.

anécdota se desarrolla en Augusta, es decir —una vez más—, en Zaragoza.

Que es también el escenario de *El Profesor Inútil*²⁰. Pero, en la mayor parte de esta novela, Augusta sólo es un borroso fondo donde los personajes viven habitualmente. Las referencias a lugares concretos corresponden más bien a Madrid, con ocasión de un viaje. Lo que de Zaragoza aparece son escorzos urbanos, generalmente sin nombre, sin signo de identidad; apenas pueden identificarse el Paseo de Ruiseñores, bajo el nombre de Avenida de los Jilgueros, y el Cabezo de Buenavista.

En el capítulo IV las referencias vuelven a ser precisas. Y aquí, como ya sucedía con el Puente de Piedra, se toma el nombre real: el Arco del Deán. Todo ese barrio antiguo que se alza a espaldas de la Seo se muestra así:

“La *Pensión Goya*, donde se hospeda mi nueva discípula, se esconde en el barrio más pintoresco, es decir, en el más sucio y enmarañado de Augusta. Para llegar a él, mejor que consultar planos ni guías es ser dócil al olfato. El aroma de antigüedad suele ser cortejado por otros perfumes menos gratos al turista.

Además del perfume, una total asimetría. Aquí las calles se lanzan a frenéticos juegos bizantinos. Tan pronto se quiebran dibujando esos romboides y trapezoides que mis alumnos recargan en el encerado de hileras de puntos auxiliares, como se entrecruzan formando uno de esos laberintos de última plana de revista burguesa, donde el padre de familia, paciente explorador pasatiempista, consume las horas de la vigilia nocturna.

Es esta parcela ciudadana la que más debe entorpecer al agregado extranjero la redacción de su memoria estratégica. Yo conozco a estos hombres misteriosos. Recorren el laberinto deteniéndose ante cada blasón de piedra y bajo cada gárgola, calculando la resistencia de los muros y la altura del alero. Otros, prefieren fundir ambas estrategias, la de Venus y la de Marte —en provincias el Amor y la Guerra aún conservan sus dioses—, y se detienen ante esas rejas por donde asoman las flechas emponzoñadas de Cupido —porque en provincias aún sigue Cupido dispa-

20. *El profesor inútil*. “Revista de Occidente”, Madrid, 1926.—Segunda edición, Espasa Calpe, Madrid, 1934. Citamos por esta segunda edición.

rando sus flechas—. Después en el zaguán, toma el espía una nota precipitada o consulta un mapa militar.

Mi zizagueante excursión por Augusta sufre una larga pausa bajo el Arco del Deán, viejo puente sobre el picudo cauce del arroyo, festoneado de losetas. Me detengo a contemplarlo con el hondo respeto que guardo para todo lo glorioso o inútil, sea un circo romano o una actriz jubilada”²¹.

Y, de nuevo, al río. Ya no tiene la lírica sugestión que tuvo para el seminarista, aunque Julio sea aquel mismo joven soñador, tímido, indeciso, sumido en una confusión de lo real y lo mítico, viendo en las mujeres de carne y hueso las mujeres de sus lecturas o de sus ensueños. Ahora el río y el pretil se limitan a ser lugares de la anécdota:

“Todo se me oivida al asomarnos al gran río. Avanza el Ebro muy turbio, henchido de despojos, pacotilla de inundaciones y de borrascas. Arrastra troncos podridos, ramitas verdes, tierras amarillas, sangre restañada de los rojos bancales hendidos por los tenaces proyectiles de las lluvias”²².

“Vuelvo a mirar el Ebro esperando ver escrito en la gran cinta azulada un ingenioso telegrama lírico. Sorprendería con él a Carlota. Pero el Ebro es demasiado grave para sugerir un madrigal. Es un río heroico, altivo. Refleja con menos impasibilidad un vuelo de gorriones que una cruel —o deliciosa— violación. Si este pretil diese a cualquier otro río ibero, mis programas de historia literaria me ofrecerían ahora cien oportunos y encendidos poemas. El Guadalquivir me podría bastar. Pero el río aragonés vibró al compás de pocas orquestas galantes. Prefirió el cañón a la guzla; la flecha vivaz de la copla a una granizada de estrofas. El Ebro no me sugiere nada, a menos que comience a extender ante mi nueva discípula el mapa fluvial o el mapa histórico de Aragón. A Carlota le sugiere el río una ironía.

—Da frío el Ebro. Frío y silencio.

—Sí, da un poco de silencio”²³.

Vuelve a aparecer, con su nombre, el Puente de Piedra como simple camino hacia la arboleda, repitiéndose el paseo que daban

21. Op. cit., págs. 135 y 136.

22. Op. cit., pág. 141

23. Op. cit., págs. 142 y 143.

los colegiales de *El Convidado de Papel*; la margen izquierda del Ebro no se nos da en sí misma, sino como soporte de sentimientos humanos:

“En la margen opuesta se tiende una lozana arboleda donde cada tronco sufrió la tortura de un tatuaje: una selva virgen profanada por injertos retóricos. La pasión transeúnte elaboró allí su nido bajo las ramas indiferentes que no dejan llegar hasta él la mirada implacable del alto azul. En cada tronco hay grabados dos nombres y una fecha, únicos supervivientes en el naufragio del amor. La arboleda es un copioso fichero de minutos que nadie puede revivir: una espléndida antología de apasionados rondes que ningún erudito viene a compulsar.

Yo me resistí siempre a inscribir mi amor en este álbum profanado por tantas faltas de ortografía, que con una torpe lección de persistencia parece reprochar al río su magnífica volubilidad: tiene la arboleda toda la cómica ufanía de un viejo archivero. Yo me resistí siempre a catalogar los amores, y prefiero escribir mi nombre en el agua, porque alguna bella desconocida sale siempre a recoger en la playa un caracol sonoro. Prefiero escribir mis versos en el aire. Así el viento colgará algún día, en un dintel desconocido, mis rubios racimos de imágenes.

Junto al agua hay un montón de hojas tiernas donde nos sentamos Carlota y yo. Nos divierte ver el naranjo del ocaso filtrarse por la criba verde de las ramas, resbalar sus zumos amarillos por los troncos grises. Me recuerda esta perspectiva cientos de telas admiradas en cien exposiciones. Pero este lienzo no está tan terminado, y de los *efectos de luz* no se supo sacar tanto partido. La Naturaleza se cansa de repetir su destreza, y deja a innumerables *pensionados* la tarea de reeditar crepúsculos.

Me divierte ver las piedrecillas granas y ocreas que va lamien-do tenazmente un hilillo de agua enredado a nuestros pies. Alzo, curioso, una enorme piedra colocada a mi espalda, y surge un tropel de gusanillos protestando airadamente. Es tal el silencio —duermen ahora el viento y el río—, que oigo a las menudas vocecillas maldecir del intruso.

A este solemne silencio debe seguir una solemne elocución. Todo, en torno, está preparado para recibirla, menos yo. Nunca una heroína rodeó su gran recitado de tan sensacional decoración. Las bambalinas son dos nubes escarlata que ahora se me-

cen en la cuna de fino encaje de un remanso.. El telón de fondo es una bella reproducción de ciudad arcaica, coronada de cúpulas. En el centro se alza una espléndida arquitectura vigilada en cada extremo por el altísimo centinela de una torre. Frente, se reparten, respetuosos y callados, los espectadores: varias filas apretadas, de chopos”²⁴.

Otra novela, *Locura y muerte de Nadie*²⁵, transcurre íntegramente en Zaragoza, en Augusta. Pero aquí el escenario está escamoteado en el simbolismo de la novela, en su incesante juego metafórico; es difícil identificar lugares. El establecimiento bancario, el cabaret, las calles, son de cualquier parte y de ninguna parte: son tipos genéricos. (Lo mismo les sucede, por otra parte, a los personajes; nos encontramos ante un buen ejemplo de *deshumanización de la novela*). Cuando, desde Augusta, dos personajes hacen un corto viaje, el paisaje se ofrece con parecidas notas:

“El coche avanza entre chopos vendados, ceñidos los pies por una faja blanca: un paisaje ortopédico.

Al través de los chopos, montañas. Cimas de color de rosa; colinas redondas, que blanquea un rebaño; ondulantes, voluptuosas caderas de color de trigo; cráneos morenos, grises, amarillos, erizados por la siega reciente; rastrojos salpicados de ababoles, de mielgas moradas, de cardos.

Laderas aún verdes, de olivos, de viñedos, de alfalfa; senos de ámbar, rayados por venillas ocres, por senderillos que abren las ovejas, por donde resbalan los recentales hacia lo profundo de la curva.

Montañas dormidas al sol. Bruscas y rojas vertientes: un gigantón ha rebanado la tierra. Sus tajos le duelen al campo, rezuman por él su esponjosa entraña.

Más lejos, grupos enormes de centauros, hombros de cíclope que rozan las nubes. Montañas violeta, montañas azules, montañas de todos los colores inefables, de todas las curvas imprecisas. El horizonte. Perfil último y borroso”²⁶.

De la dificultad de identificación se salva la Puerta del Car-

24. Op. cit., págs. 160-162.

25. *Locura y muerte de nadie*. — Ediciones Oriente, Madrid, 1929.

26. Op. cit., págs. 111 y 112.

men, aunque se vea también transformada en objeto de un juego de humorismo y metáforas:

“El balcón da a una avenida histórica donde quedan unos pedruscos acribillados por un diluvio de balas enemigas. Alguna vez estos pedruscos formaron una puerta, pero hoy sólo son un espectáculo. Los cerca un jardinillo, como a la estatua de un poeta acribillado por un diluvio de flechas amorosas. La ciudad inventa un decorado único para el arte y la gloria, para la ruda piedra y el frágil verso. A cada hombre o cosa le asigna un fragmento de césped —fondo neutro— salpicado de algunas flores raquílicas. La ciudad contempla a su puerta heroica, como a una venerable abuelita que hace más de un siglo se resistió bizarramente a una violación. El enemigo acumuló allí toda su energía. Aquella puerta era el sexo de la ciudad.

Puerta que adquirió su personalidad cuando precisamente se obstinaba en perderla, y de lugar de acceso a las entrañas urbanas prefirió convertirse en un muro hermético. Vive por haber resistido a un apremiante deseo”²⁷.

Augusta es también la ciudad en que se desarrolla la casi totalidad de otra novela: *Escenas junto a la muerte*²⁸. Es curioso considerar hasta qué punto atraían a Jarnés los lugares zaragozanos, que incansablemente evoca desde Madrid; incluso mezcla paisajes urbanos de una y otra ciudad, unificándolas. Esta novela comienza en la biblioteca de un Ateneo, que es el de Madrid, para inmediatamente llevarnos a un lugar que en la novela corresponde a la misma ciudad, pero que no es otro que el Cabezo de Buenavista, en el que la estatua de Alfonso el Batallador se disimula atribuída a Wamba:

“Recorremos la ciudad hacia extramuros. Acaso Juno va buscando su dignidad perdida, la manzana del concurso; quizá yo soy una pared donde ha de rebotar su orgullo; pero me resigno y prosigo la aventura hasta conocer exactamente mi papel.

—¿Merendamos?

—Sí.

Ya se sabe que por merendar se entiende agruparse bajo el

27. Op. cit., pág. 135

28. *Escenas junto a la muerte*.— Espasa Calpe, Madrid, 1931.

espadón inamovible del rey Wamba. El rey Wamba domina la ciudad, subido a un pedestal tan desmesurado como el espadón y el rey. *Tamaño mayor que el natural*, dicen las guías. La ciudad está presidida siempre por gigantes. De toda la mitología prefiere siempre al titán: debiera estar consagrada a Polifemo, a Hércules. Sus fiestas las presiden gigantes, y sus juicios, aquellos de alambre y cartón y éstos de piedra, centinelas perennes del Palacio de Justicia.

El rey Wamba preside estas menudas fiestas íntimas, que celebra, a la tarde, la ciudad. Un bar extiende sus mesitas entre los pinos, finge enramadas, construye unos menudos simulacros de gran estación de moda; Wamba, desde lo alto de su glorioso pedestal, asiste en silencio a algunos bocetos de comedia amorosa, a ciertos amagos de opereta. A sus pies late un pueblo, sobre su cabeza se encienden los mundos”²⁹.

Aunque la identificación de Zaragoza no ofrece duda alguna, esta vez no aparece el nombre de Augusta. Aquí, como ya dijimos, el escenario está hecho con retazos zaragozanos y madrileños. Se utilizan sucesivamente, y aun simultáneamente, formando una sola, indefinida, ciudad. Pero, de manera curiosa, surge una ciudad aragonesa que el lector no podría identificar. El protagonista y su amada hacen una excursión en auto; se indica que es a un lugar próximo que no se nombra. Pero el lugar que se describe está a bastantes kilómetros de Madrid y de Zaragoza. He aquí el pasaje a que nos referimos:

“La pequeña ciudad se nos acerca, silenciosa y bravía. Tendida a lo largo de una estratégica brecha de montañas, expone ceñudamente sus venerables pedruscos. Hermética, se ofrece a nuestra contemplación con la menor lagotería. Enfundada en su pátina secular, como bajo un manto ceniza, apenas hace caso de piropos de turistas —el turista con las ciudades, con el arte, sostiene siempre un *flirt*, pocas veces un verdadero amor—. Aguarda aquí, como una casta mujer, a que alguien la contemple sin prisa, serenamente, sin consultas al catálogo de las piedras memorables, con más atención a su pulso actual que al ímpetu de ciertas luchas civiles, con más atención a lo hoy palpitante bajo

29. Op. cit., págs. 41 y 42.

el rostro de piedra que a la antigua fiebre que crispó, descomponiéndolo, su grave rostro. Esta ciudad —como otras viejas ciudades de Aragón y de Castilla— no se precipita a ofrecer al transeúnte zalameros arrabales donde quede prendida el alma sensible. Aquí son rígidos, hoscos, los límites entre la ciudad y el campo. A veces los mismos límites medievales: las murallas. Si el viajero acude a ellas es porque presume que dentro ha de encontrar —quizá soñoliento, pero siempre vivo— un corazón... Ciudad que no sabe hacer guiños de cortesana, sino saludos marciales. No desde ventanas con geranios, sino desde almenas con ortigas.

Ni un rumor en torno a la ciudad. Aquí o allá un labriego trazando en el bancal sus inflexibles líneas paralelas. En la cuneta, ven pasar el coche sin gran curiosidad, sin inmutarse un solo rasgo de su cara, del mismo color que las piedras, piedras también por las que resbala el tiempo y los menudos espectáculos de la vida que va y viene, tres clérigos. Y éstos y los campesinos son como otros tantos bloques desgajados de los muros, con la misma pátina, con igual adustez.

Subimos por rampas interminables, fatigosas —mitad campo, mitad ciudad, con hierbecillas y guijarros—; escudos rematados en penachos, incrustaciones de viejas altiveces en casas hoy humildes, ascéticas, agobiadas por aleros mordidos, desportillados; montones de casas edificadas en dos o tres épocas diferentes, de volúmenes superpuestos como las cajas en una tienda, saledizas, epilépticas, amenazando derrumbarse; hierros magníficos, mohosa filigrana, pajarracos y hojas hirientes, reptando por las verjas, subiendo hasta los aleros; gran abundancia de hierro inalterable sobre la piedra recomida, desgarrada; nervios de la ciudad que asoman su negra dureza sobre la carne tundida por los siglos; hierro y piedra, arabesco negro sobre cenizas y grises, sobre cárdenos y ocre; costra espesa —a veces infantilmente pintarrajeada—, sin asomo de cordialidad... ¿Se resistirá a dejarnos traslucir la ondulación caliente de su vida?

La ciudad está aquí, como una brava mujer de estos campos, esperando no un *fácil* conquistador que la requiebre, sino un espíritu cordial que la contemple. No el *flirt*, sino el amor.

Como la velocidad de los coches ha destruído la fatiga, ya pocas veces el viajero se detiene a descansar y a contemplar.

Cruza por las ciudades como el aturdido galanteador por las mujeres, sin ver en ellas sino su fachada más risueña, su contorno más picante, su *primer término* más propenso a escamoteos de intimidad. Como hoy una ciudad —que se elaboró en tantos siglos— puede ser colocada en medio de cualquier tarde, para ser vista de paso para cualquier negocio, esta ciudad no querrá revelarnos su verdadera vida, en los pocos minutos que deje libres el cambio de un neumático. Esta o la otra ciudad han empleado siglos en forjarse su fisonomía... ¿Cómo pueden desarrugarla en un minuto para hablar con un alma trenseúnte, aunque ésta venga provista de guía, del catálogo de primores?”³⁰.

Esta ciudad es Albarracín, ese bellissimo lugar de arte e historia. La visitamos juntos Jarnés y yo, desde Teruel, en la primavera de 1931. Estas páginas fueron publicadas primero como artículo periodístico y utilizadas después en la novela³¹. Solía hacer esto Jarnés, y no es difícil rastrear en sus novelas esos fragmentos que nacieron independientes de ellas y se incorporaron a su trama y escenario. A otro de ellos nos referiremos en este mismo trabajo.

En la novela que venimos comentando aparece una *Villa Juanita*, lugar placentero, que en *Locura y Muerte de Nadie* se presentaba como “restorán abierto a unos kilómetros de Augusta, lugar de esparcimiento para las gentes que no ven entre cada día un muro de sombras”³². Pero la identificación no era allí posible. Al aparecer en *Escenas junto a la muerte*, con algunos detalles más precisos y sin ese alejamiento de varios kilómetros, pienso que pueda ser una deformación novelesca de “Las Palmeras”, el hoy arruinado merendero del Cabezo de Buenavista. Quizás pudiera ser otro local de igual destino que se alzó en el Paseo de Ruiseñores, pero éste no era de la época en que Jarnés vivió en Zaragoza, sino bastante posterior. Sin embargo, se acerca más al descrito en la novela:

30. Op. cit., págs. 162-184.

31. Se publicó en un periódico madrileño en abril de 1931, pero no nos ha sido posible dar la referencia exacta por no disponer de colecciones de diarios de aquellas fechas. Debíó de publicarse en *La Voz*.

32. *Locura y muerte de Nadie*, pág. 187.

“Villa Juanita es un acantilado; la ciudad se tiende a sus pies. Llegan hasta la terraza prolongaciones meramente geométricas de la calle. Solares salpicados de edificios precipitados que van ensayando —entre construcciones rudimentarias, entre chozas de los antiguos pobladores— el método enjuto de Le Corbusier”³³.

*Lo rojo y lo azul*³⁴ se desarrolla en Zaragoza y Barcelona. Nuestra ciudad vuelve a ser la Augusta jarnesiana. De ella marcha Julio a Barcelona, y con el inicio de este viaje comienza la novela:

“Salí de Augusta, pero no como otras noches, solo y sin rumbo, a ofrecerse como cuerda de violín a cualquier vibración nómada; hoy no podría detenerse a poner en contacto sus nervios con ningún temblor del río, de un pulso, de una estrella; el pretil no era término, sino comienzo de jornada.

El puente estaba desierto. Los ómnibus de la próxima estación del Norte huían de él, resbalaban precipitadamente por su lomo desnudo, de color de acero, regado de luz por algún foco de automóvil. Ya no esperaba allí a Carlota para tomar juntos el aire y el amor en un mismo ponche diariamente removido. También aquel agua y aquellas piedras se habían convertido en historia.

Como del río se alzaba una bruma donde bien podían rápidamente disolverse los últimos recuerdos, los fué lanzando al aire, y así todos los resortes de su espíritu —como sus brazos y sus piernas— comenzaron a adquirir la agilidad necesaria a cualquier juventud que se lanza a la pista azarosa de la vida”³⁵.

Y a Augusta volverá Julio en el momento decisivo de la novela. Un episodio histórico zaragozano —la sublevación del Cuartel del Carmen— inspiró esta obra. Incluso algunos de los personajes reales del suceso aparecen más o menos tocados por la fantasía del novelista. Pero lo que nos interesa ahora es, más limitadamente, la localización de los episodios. Veamos, primero, el regreso desde Barcelona, en el momento en que desde el tren se divisa, amanecido ya, el campo aragonés; de la descripción eliminamos algunos paréntesis, que son ajenos a nuestro tema:

33. *Escenas junto a la muerte*, pág. 190.

34. *Lo rojo y lo azul*.— Espasa Calpe, Madrid, 1932.

35. Op. cit., pág. 9.

“El tren dejó atrás el páramo; ahora se hunde suavemente en una hondonada. Un llano rojizo y verde, de innumerables tonos verdes. La luz va clasificándolos, jerarquizándolos, empapándolos de su tierno zumo de oro. El aire está quieto. El sol, perezosamente, resbala por los tiernos bancales, por los vivaces rojos que hacen de la vega un formidable tablero de ajedrez para juegos de luz. La tierra se esponja ya bajo los azadones.

El sol inicia su primera escaramuza con los chopos. Todo tiembla, busca la forma de su primer saludo a la mañana. Hay como una suave congoja en todo el campo, como un sordo jadeo para encontrar su mejor palabra. Está el arco tenso, y no tarda en romperse. De pronto, rumbo a las nubes, una copla asciende verticalmente. Audaz, viril. Allá arriba se enrosca. La melodía bosqueja un caracol, graciosas volutas. Después —fino surtidor— se derrama en el aire. El llano verde y rojo ha encontrado su voz. Como llega de tan hondo, la perpendicular se mantiene firme —como la palma— durante un buen trayecto. Luego se restituye al campo. Es una prolongación del mozo que la canta. Si esta línea recta —porque la jota es una perpendicular al campo— preférese ondular, quebrarse en arabescos fáciles, la jota dejaría de existir. O se convertiría en una resabiada canción más, en una mezcla de ruda y emotiva salud de aldea con enfermizos, con pícaros injertos ciudadanos... Porque no es lo mismo la jota en el campo que la jota en la ciudad. La jota en el campo es ante todo expresión de un sobrante de energía; mientras otras cancionees populares comienzan por ser expresión de una flaqueza, la canción popular aragonesa comienza por ser una afirmación de robustez. Por eso su dirección es rectilínea. Su actitud es la de saltarse los obstáculos, no la de reptar bajo ellos. También la actitud del aragonés es la de brincarse las tapias, no la de buscarse un recodo. Sí, esto lo mismo puede ser tenacidad que puede ser obstinación, pero es siempre señal de salud anímica, de espléndida vitalidad. La jota lleva consigo estas calidades. No importa saber quién la trajo o quién la inventó. Sólo importa saber que es el mejor vehículo del sentimiento aragonés, de la actitud aragonesa ante la vida, su más clara expresión, precisamente en el campo donde brota desnuda de intenciones, espontánea y libre. Sin guitarra que la subra-

ye, sin ventanas que la hagan estremecer, sin otras gargantas que la envuelvan, que la mutilen con su intervención. En la rondalla pierde la jota independencia y agilidad. El cantador va a conseguir una sonrisa o un campeonato. Ya no es entonces la copla expresión de un sobrante de energía, sino de una voluntad de dominio. Si en el campo la canción se desparrama en el aire, en el pueblo se recoge buscando una ventana. O un pecho rival. En el campo es un jadeo estilizado, en la calle puede llegar a ser un enconado reto. O un trivial piropo. Porque este mismo gañán por quien hoy respira líricamente el campo, por quien el tablero verde y rojo revela un sentido musical, cuando más tarde, en la rondalla, siga cantando sus coplas, ya no será el campo quien le invite, sino el amigo y la mujer; ya no serán el aire y el sol los dóciles instrumentos de donde arranquen todas las notas armónicas de la auténtica melodía, sino el grupo de camaradas mal entrenados, haces de cuerdas disonantes. Y si todo es acorde, si todo está dispuesto para que surja la copla, es señal de que la expresión libre y espontánea se ha convertido en espectáculo. Entonces apenas hay ya diferencia entre la calle y el tablado. La jota comienza a traducirse a idiomas zarzueleros o a idiomas desconocidos que la jota no comprende, en los que nunca podrá legítimamente expresarse. A idiomas individuales, caprichosos, en que la jota deja de ser una forma y pasa a ser un pretexto. La jota es expresión de un alma colectiva... Sí, la jota en el campo es, ante todo, expresión de un sobrante de energía. Tan profunda, tan escondida a veces, que más parece la copla un brote vegetal, un vivaracho retoño de cualquier álamo, un chorro de savia lírica que salta de la rama..."³⁶

Este bello pasaje de la jota es el fragmento a que antes me he referido. Conozco bien su origen, porque su realidad la vivimos a la vez Jarnés y yo. No era en el curso de un viaje por tren —¿cómo recoger en la ruidosa marcha los matices de una copla que se canta allá abajo, en un corro de vega?—, sino al regreso de un paseo por el pinar de Daroca. Habíamos bajado desde la cima, por una bella carretera zigzagueante, hasta la vega. Ibamos hacia la ciudad. En uno de los campos que hay a la derecha, más

36. Op. cit., págs. 193-196.

bajos que el camino, un mozo estaba labrando; sin vernos, se puso a cantar una jota: era un buen cantador, y ahora cantaba para sí mismo. Cuando los abríos llegaban al ribazo, interrumpía la copla para dar las rituales voces de mando. Aquello tenía una emoción que jamás podrá tener la mejor jota de escenario. A Jarnés le impresionó mucho, y ya antes de llegar a nuestro hospedaje empezó a pensar ese comentario. A la mañana siguiente lo escribió, enviándolo a *La Vanguardia*, de Barcelona, donde se publicó pocos días después. Y, apenas sin retoques, lo utilizó para la novela. Realmente, podremos encontrar pocas páginas tan brillantes sobre nuestro canto regional.

El tren deja a Julio en Augusta; ya estamos en ella, ya podemos ir identificando de nuevo sus lugares. Con frecuencia se muestran tal como son, sin deformaciones novelescas; así el polvorín, situado detrás del cementerio:

“El polvorín estaba situado a pocos kilómetros de Augusta, en una loma desnuda, muy próxima a la gran extensión ondulante que ocupa el cementerio. Detrás, rala vegetación, cimas en traje anacoretico, con anchos boquetes rojos por donde asomaban las vísceras de la tierra.

Desde la breve planicie donde se sentaba el polvorín, podían irse viendo y enumerando todos los atropellos que un grupo de escultores habían ido cometiendo con esas altas concepciones que aún suelen utilizarse para alivio de almas estranguladas o a medio estrangular por el dolor. La eternidad, la paz eterna, el recuerdo..., todo cuanto de sutil e impalpable se adquiere en el comercio de las ideas puras, podía verse allí representado por curvos y celestes efecos, vestidos o a medio vestir, entornados los ojos o abiertos hacia las nubes. La piedra adquiría en ellos turbias expresiones simbólicas, se transfiguraba en laurel y en concepto metafísico; alineaban a lo largo de las avenidas sus productos de gran pastelería fúnebre; se refugiaba, a veces, en el arte; cubría algunas sepulturas con sencillas lápidas, sin ningún retórico ademán”³⁷.

Ya en pleno desenlace la novela, los lugares se borran ante la fuerza de los hechos. El Cuartel del Carmen aparece como

37. Op. cit., págs. 213 y 214.

Cuartel de San Luis, "ocupaba toda la acera de una calle donde Julio había vivido unos meses" ³⁸; junto al Hospital Militar estaban los lavaderos hace ya tiempo derribados:

"Bajo los tres pabellones del hospital se extendía un lavadero.

Rectangulares, oblicuos a la alta verja que separaba el jardinillo castrense de la gran colmena exterior, los tres pabellones, sobre todo en las tardes de otoño y primavera, abrían sus ventanas al chillón oleaje de la blancura que ondulaba entre postes y alambres, sostenidos por pinzas, insectos de madera que le impedían alzar definitivamente el vuelo. De blancura absoluta, en crudo, sin un alivio gris. Y entre las olas, el hervor de una risueña fauna que salpicaba los pabellones de epítetos, de chistes, de insultos: las lavanderas" ³⁹.

Una narración, *Andrómeda*, que forma parte del libro *Salón de Estío* ⁴⁰, ofrece otras notas de localización aragonesa. Un pueblo, Valleclaro, del que no aparece ningún detalle descriptivo que se preste a la identificación, pero que puede situarse hacia las tierras de olivares del Bajo Aragón: desde allí, en viaje, se pasa a Augusta. La proximidad de la ciudad, su entrada por aquella dirección, aparece perfectamente identificable: la Granja Agrícola y el Matadero Municipal; luego, calles y tiendas indefinidas, y la referencia a un hotel y a un teatro: éste el *Parisiana*, que ya perdió la forma y el nombre, que entonces tenía, para convertirse en el actual *Argensola*.

ALHAMA DE ARAGÓN. — Bajo el nombre de Aguas Vivas, Alhama es el escenario de *Paula y Paulita* ⁴¹. Los hoteles, el parque con sus paseos y su estanque, el campo, el pueblo, van surgiendo ante el lector que los reconocerá inmediatamente si alguna vez estuvo

38. Op. cit., pág. 228.

39. Op. cit., pág. 231.

40. *Salón de Estío*. — Ediciones de "La Gaceta Literaria", Madrid, 1929, páginas 17-53.

41. *Paula y Paulita*. — "Revista de Occidente", Madrid, 1929.

en ellos. Las descripciones y referencias son abundantes. Destaca una extensa descripción, llena de fino humor, pero que no podemos reproducir porque afecta a intereses particulares. Es una divertida y fabulosa interpretación del origen y desarrollo del más importante de los establecimientos. Ocupa desde la página 47 a la 53.

Es en esta novela, seguramente, en la que más cuidó Jarnés el escenario, que juega un importante papel, mucho mayor del habitual en sus obras. Sería preciso transcribir demasiadas páginas, casi la novela íntegra. El contraste entre lo que es pueblo y lo que es ciudad surgida a favor de las aguas terapéuticas, está bellamente descrito. Y sin que pueda haber ninguna duda, ya que pese al cabrilleo de metáforas y de humor que salta a cada paso, no se pierde el contacto con la evidente realidad. Para reconocer en Aguas Vivas a Alhama de Aragón no es necesario saber —como sabemos— que Benjamín Jarnés fué uno de tantos enfermos que pasean su aburrido ocio y su esperanza de remedio por aquellos parajes.

Desde Alhama, los personajes de la novela, como los de la realidad, hacen un viaje al Monasterio de Piedra, bajo el nombre de *Abadía de los Fresnos*. Ante cada una de sus cascadas —alguna, como *La Caprichosa*—, conservando el nombre, el autor va trazando un curioso retablo de leyendas en las que la fantasía y el humor se mezclan. La vieja iglesia, la torre del homenaje, los lagos, la *Peña del diablo* —*Peña Satán*, en la novela—, los criaderos de truchas...

Ya es de por sí el Monasterio un buen caudal de leyendas; Jarnés rechaza las versiones catalogadas en las "Guías" para sustituirlas por otras de su propia imaginación. El resultado es brillante; no enmascara el sitio real y sus tradiciones, sino que lo enriquece. Desde la página 155 hasta la 211 se muestra esa curiosa y extensa visión del Monasterio de Piedra.

En *Teoría del Zumbel* vuelve a aparecer Alhama de Aragón⁴², aunque su utilización sea mínima. En esta novela el escenario cuenta poco y lo mismo podría ser uno que otro. La ciudad y su

42. *Teoría del Zumbel*. — Espasa Calpe, Madrid, 1930.

balneario se dan con menos nitidez descriptiva que en la otra novela. No podrían identificarse por el texto mismo, a no existir el precedente de *Paula y Paulita*; apenas alguna alusión al estanque, a la capilla del balneario, a la terraza del casino, a las verjas del parque. Suficientes, desde luego, para que, apoyándonos en ellas y en lo anteriormente dicho, podamos señalar Alhama de Aragón como lugar donde la novela se desarrolla, aumentando así la importancia de esta ciudad aragonesa en la geografía jarnesiana.

OLALLA. — No se da su nombre, pero es el pueblo donde Mosén Pedro ejerció su sagrado ministerio. La identificación no ofrece, por tanto, la menor duda. El novelista, el biógrafo, llega al pequeño pueblo turolense:

“Ya veo el pueblecito. El caballo, que olfateó un buen pesebre, avanza todo alborozado. El fino plumón de una inmensa bandada de palomas blancas, desciende, lento y suave, desde las nubes cenicientas, cubre la hondonada que se extiende a los pies del templo. Cubre con su blanco albornoz las rústicas empalizadas de troncos y de barro, cuelga en festones de los alféizares sin macetas. Las ventanas están cerradas —pupilas ciegas de un pueblo en reposo—. Abajo, en los zarzales y en los chopos que bordean la rambla, labra también la nieve sus encajes primorosos.

Recorro las callejas, me asomo a las bardas... Nadie. Son las once de la mañana y el pueblo estará congregado en torno a mosén Pedro. Bien cerca está el templo. Queda el caballo en el mesón... Se oye el canto de los buenos labriegos; llega un olor de incienso...”⁴³.

Se alude muy de pasada a otros pueblecillos de la misma comarca de Calamocha (posiblemente Cutanda, Valverde, Collados). Y, más detalladamente, a un Santuario, que no se nombra, pero que es el de Pelarda. Sé va en romería desde Olalla:

“A pocos kilómetros está el Santuario, pero llegar a él es muy penoso. Va la senda por ramblizos llenos de cortantes guijarros

43. *Mosén Pedro*, pág. 41.

y ramas secas; luego, va subiendo por una serrezuela pedregosa, erizada de cardos; después se hunde en una torrentera... Tan pronto la vereda cruza bajo el fresco toldo de unos chopos y se humedece con los hilillos de agua que zigzaguean por las barrancadas, como pasa por una loma calva a pleno torrente de sol que allí nunca hiere sañudamente, porque el fresco vientecillo desvía un poco las saetas. Donde el viento —aun en pleno estío— se hace dueño y señor, es en la cima donde se alza el Santuario. Allí es el sol un rey encadenado a la voluntad del viento que pasea orgulloso por la ancha explanada, sin que nada se oponga a su dominio. Y del mismo sol toma el viento cálidos cosquilleos; y en el negro escuadrón de pinos de un monte cercano, se empapa de perfumes; y de una de las vertientes sembradas de jirones, de seda verde y ondulante, toma el dueño y señor una suavidad muy dulce.

Allí es rey el viento, y a veces se corona de nubes sombrías y apretadas, pero en esta mañana el cielo está limpio y parece que lloven sobre el Santuario gotas de azul. La campana voltea locamente; y la cima, a trechos ocre manchado de verde, a trechos bermeja, se va ennegreciendo lentamente con los devotos que afluyen desde las aldeas del contorno. Es hoy día de alegrar la cumbre con algo más que besos de sol, caricias de viento y aroma de pinos. Hoy la cima se llenará de risas, y correrá el vino y habrá sobre la hierba guirnaldas familiares en torno al fiambre doradito y sabroso. Y habrá pañuelos chillones y sayas abigarradas y zapatitos nuevos. Y habrá mejillas lozanas de mujer que tienen su tocador en las ramblas y su espejo en el agua remansada entre los limpios guijarros”⁴⁴.

También aparece el paisaje de aquella zona turolense, con su “cadena de colinas redondas, suave contorno del paisaje”, con sus “graciosos alcores”, con sus “rudas sierras”. Todo se va esfumando en el viaje de regreso:

“Ya las montañas van perdiendo su matiz violeta. Se han fundido las colinas de fuego, los efímeros alcázares naranja y carmín; ya sólo quedan unas montañas negras, surcadas por caminos de ensueño, donde acaso se desmorona una ermita olvidada y se resquebraja un cuadro en otro tiempo ceñido de

44. Op. cit., págs. 97-99.

rosas. Cimas fantásticas del último confín. Grupos gigantescas de centauros, hombros desnudos de cíclopes que rozan las nubes... Ya sólo quedan unas montañas ideales para el poeta y el visionario.

Cierro los ojos y el curvo contorno me aprieta el corazón. Gira la cadena de montañas en torno mío, con un blando rumor de trinos y de viento. Cuando los abro, la cadena es ya sólo una informe y negra valla por donde asoman las estrellas.

Y entre la masa sombría, aún diviso la silueta amiga del campanario, ¡lanza clavada en el corazón de la noche, plegaria muda que sube desde el templo hacia la región constelada, radiante!"⁴⁵.

Estas son las utilizaciones novelescas de la geografía aragonesa por Benjamín Jarnés. Forman la casi totalidad de sus elementos urbanos y paisajísticos. Estaban tan perfectamente vivos en él, que podía describirlos sin vacilaciones desde una lejanía de espacio y de tiempo. Y no será vano repetir que no sólo en esto se mostró fiel a su carácter aragonés, sino que lo fué entera y radicalmente.

Era un prosista de sencilla perfección, un lento enamorado de la palabra bella en la claridad de la expresión, cuidadoso pulidor de las aristas verbales. Por tanto, un escritor para buenos lectores y no para ávidos devoradores de anécdotas. En sus novelas, el argumento no era más que un tenue hilo que unía el comienzo con el final, revistiéndose de páginas poemáticas, de fragmentarios y brillantes ensayos, de una agilísima ornamentación metafórica y de los más vivos y graciosos escorzos imaginativos.

45. Op. cit., págs. 128 y 129.